

G. A. M.

## CARA SUR DEL DEDO DE POMBIE

POR FRANCISCO LUSARRETA

*Montaña, piedra viva, don que  
no podemos desaprovechar.*

CARLOS LEIRA

Existe un macizo granítico en nuestro Pirineo, que parece estar creado por la naturaleza, para los amantes del viril deporte de la montaña. Son tantas la diversidad de vías e itinerarios de todas sus vertientes de paredones verticales que se convierten en un inmejorable paraíso para el montañero. Este macizo es el Midi d'Ossao.

Esta montaña separada, por decirlo así, del resto de la cadena pirenaica, alza sus 2.885 metros de su cumbre máxima, sobre los suaves y plácidos pastizales de Aneu en la cabecera de los profundos valles de Broussels y Bions en el Pirineo Occidental francés.

Las vertientes sur y oeste del gran Pico junto con la arista de Peireget, cumbre de Peireget y Pico Moustarde, forman un pequeño circo, llamado circo de Pombie, donde se asienta el refugio de Pombie propiedad del Club Alpino Francés.

Presenta este macizo cuatro cumbres características que forman un conjunto, único entre los demás macizos pirenaicos.

Estas cumbres son: el Petit Pic de 2.812 metros al suroeste del macizo, separado del Grand Pic, por una profunda enforcadura, llamada la Fourche. Hacia el Sur un inclinada y recta crestería se corta en una brecha para formar la Punta Aragón de 2.717 metros, de aquí, cae la montaña verticalmente casi 700 metros, hasta la Gran Raillere, formando una impresionante muralla donde se han abierto interesantes y audaces vías de escalada. En la parte superior de la muralla una corta aguja se separa de la misma, la aguja de Jen-Santè de 2.573 metros.

Hacia el Este existe otra pequeña aguja denominada el Dedo de Pombie que presenta una impresionante pared en la cara sur, una de las ascensiones más difíciles de todo el macizo.

Un día a finales del pasado mes de Junio, partimos nuevamente al Pirineo. Cruzamos la frontera por el puente internacional de Irún. Una pertinaz lluvia es nuestra compañera hasta la divisoria de naciones, aquí parece ser que no tenía pasaporte y no pasó la frontera, en Francia la lluvia cesó, y raudos corrimos por las carreteras galas en dirección a Pau, el tiempo continúa nublado y no pudimos contemplar la inmensa cadena pirenaica que con días claros se divisa en la lejanía, mostrándonos sus inhiestas cumbres nevadas.

Dejamos atrás Pau, capital del departamento francés de los Bajos Pirineos y por la carretera de España nos acercamos a la montaña, llano va dejando sitio, primeramente a suaves lomas que poco a poco van elevándose para convertirse en grandes montañas de agudas cimas que parecen querer taladrar el cielo.

Pasamos la aldea de Gabas y la Central de Artouste, donde hay montado un teleférico que de un solo salto, se coloca a dos mil metros en el Pic de la Segette, desde donde parte un ferrocarril de cremallera al lago de Artouste, buen punto de partida al refugio de Arremouilt y ascensiones a las cumbres del contorno.

Por fin llegamos al puerto.

Tras algunas deliberaciones y viendo que en el restaurante del puerto no podíamos pernoctar por no existir habitaciones para alquilar, obtamos por ir a dormir a una majada pastoril enclavada en los vasos de Aneu a media hora, que en esta época del año (finales de Junio) se encuentra deshabitada.

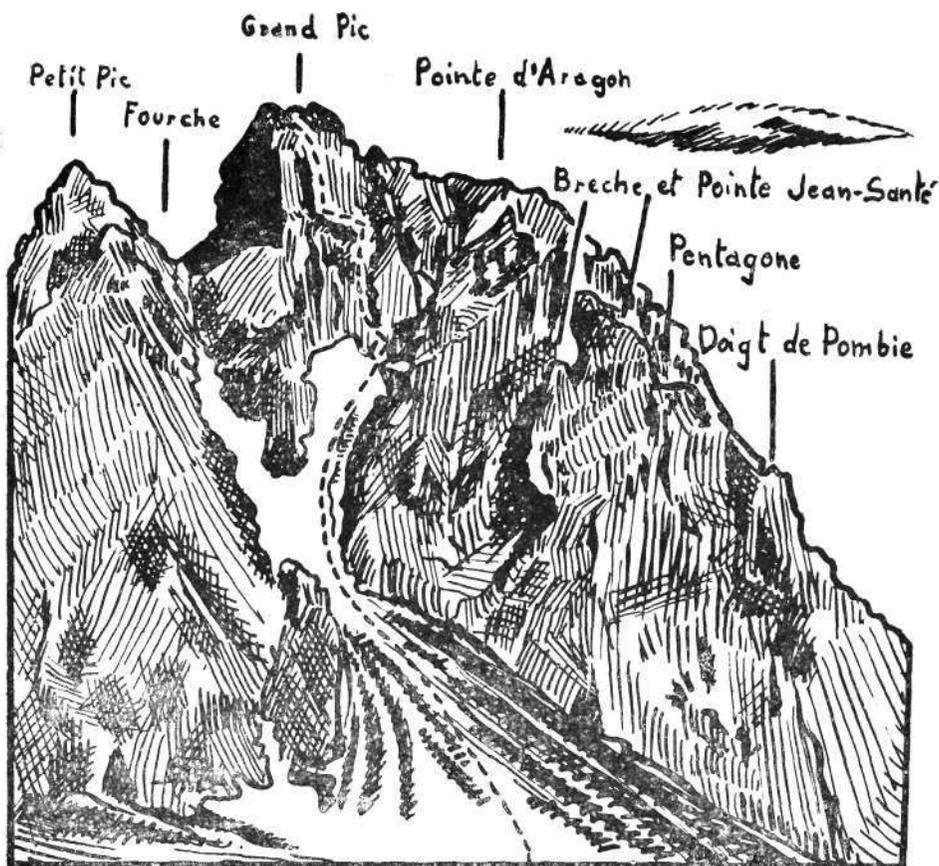
Cenamos, preparamos rápidamente nuestros sacos y salimos un momento al exterior, para contemplar uno de los espectáculos más grandiosos que nos depara la naturaleza. La niebla se ha disipado retrocediendo a los valles de donde ha venido, dejando paso a una serenísima noche, miles, millones de estrellas con un brillo extraordinario parpadean en la inmensidad del firmamento, espectáculo que extasia e invita a la meditación. Damos gracias al Creador por tanta magnificencia y porque nos permite vivir y contemplar su grandiosa obra.

Amanece, una brillante niebla nos envuelve dejando pasar algunos tibios rayos de sol, indicio seguro de un hermoso día, recogemos nuestras cosas y cargados como acémilas, empezamos nuestro caminar hacia Pombie. Cruzamos los vasos de Aneu de suave pendiente y jugosa hierba, hacia el collado de Moustarde 300 metros más alto, separándonos una ladera de fuerte pendiente herbosa.

Penosamente ganamos altura por la empinada ladera, al cabo de una hora llegamos al collado Moustarde, donde hay un poste indicador. La vista desde aquí sobre el macizo del Midi es grandiosa. Domina toda la imponente muralla de Pombie, de cerca de 600 metros de vertical absoluta, al pie de la misma, el refugio empuñecido ante las ciclópeas proporciones de la montaña. Descendemos rápidamente y en media hora llegamos a él, situado a orillas de un pequeño ibon pirenaico. Todo el conjunto es de singular belleza. Estamos solos en el albergue. Tenemos ansias de tomar contacto con la roca y decidimos hacer una escalada de poca dificultad, para calibrar nuestras posibilidades en esta compacta roca granítica, elegimos una vía en la muralla de Pombie, que la cruza en diagonal a media altura y va a parar a la brecha del Pentágono y de allí a la cumbre de la aguja Jean Santè.

Remontamos penosamente la Gran Raillere, un gran caos de rocas desmoronadas que caen desde la Fourche, enforcadura entre el Gran Pic y Petit Pic, la cruzamos para colocarnos al pie de la muralla, a plomo de la brecha de la Aguja Jean Santè con Punta Aragón. Cruzamos una inofensiva rimaya y comenzamos a trepar por la pared primeramente por terreno muy fácil que no precisa ni encordarse, lo hacemos cuando nos cierra el paso un pequeño trozo vertical. Proseguimos la ascensión en diagonal hacia el centro de la muralla en una trepada muy entretenida donde los pasos nunca exceden del III grado. Llegamos al circo colgante, cavado en plena muralla, debajo mismo de la brecha del Pentágono, formada por la aguja Jean Santè y un monolito blanco y negro en forma de gorro de obispo.

Después de tres horas de escalada llegamos a la cumbre de la aguja, una ligera niebla nos envuelve y por encima de ella, unos espesos nubarrones se han agarrado a la montaña, presagiando un cambio de tiempo inminente.



Rápidamente nos preparamos para el descenso por el mismo camino de subida, con celeridad destrepamos todo lo que hemos trepado anteriormente, a mitad de camino unas gruesas gotas empiezan a caer, acompañadas de sordas tronadas en la lejanía. Llegamos a la Gran Raillere, casi en la mitad de tiempo que nos costó al subir, descendemos por la pedriza y llegamos al refugio sin que la tormenta que temíamos se produjera.

Estamos satisfechos de esta primera ascensión en el macizo, pues aunque de poca dificultad (ADsup.) nos ha permitido calibrar nuestras fuerzas ante escaladas de más categoría en el mismo macizo.

Cenamos y nos acostamos temprano, pues mañana si el tiempo lo permite queremos intentar la escalada a la Cara Sur del Dedo de Pombie.

Amanece, salto rápidamente de mi saco y me asomo a la puerta, me recibe un extraordinario amanecer plétórico de luz, hacia oriente las cumbres del circo de Piedrafita, brillan, con su manto de blancura inmaculada, ni una nube empaña el azul purísimo del cielo.

En un momento todo es actividad en nuestro modesto hogar de montaña, mientras Victoria prepara el desayuno, yo lleno las mochilas de abundante material y un poco de comida de «pared». So las siete y media de la mañana cuando partimos hacia la ruta vertical del Dedo de Pombie.

Por el sendero de la vía normal del Gran Pic, cruzamos la Gran Raillere y a la altura del corredor Pombie-Suzon, nos dirigimos directamente hacia la pared, trepando por un empinado nevero a unos cien metros aproximadamente de la base del corredor, cruzamos la rimaya y tomamos contacto con la roca.

Esta ascensión a la cara Sur puede dividirse de dos partes, la primera un zócalo de ciento cincuenta metros de altura de fácil ascensión donde sus pasos nunca pasan del III grado, como no hay una ruta determinada puede franquearse por diferentes puntos dicho zócalo.

Sobre este zócalo se asientan cien metros de pared completamente vertical, más bien diría ligeramente desplomada, donde está la clave de la ascensión, esta pared desemboca en un profundo corredor de poca inclinación, que va a parar a la brecha del Dedo, de aquí a la cumbre la vía es evidente.

Nos encordamos y empezamos a trepar el zócalo, los largos de cuerda sin apenas historia se van sucediendo, con monotonía vamos ganando altura en la pared, el nevero inicial va quedando atrás, se va perdiendo en la base de la montaña, empequeñecido ante las grandiosas proporciones de la muralla.

Tras tres horas de ascensión, tomamos contacto con la segunda parte de esta vía, la pared vertical.

Por un estrecho corredor nos situamos en un pequeño collado punto de unión con la montaña de un modesto pitón de poca elevación, su vertiente opuesta nos sobrecoge por su terrible verticalidad y altura.

No conocemos la vía de ascensión realizada anteriormente; por tanto, estudiamos el mejor itinerario a nuestro parecer y optamos por meternos en un diedro que sube hasta muy arriba en la pared. En cuanto comenzamos a trepar nos damos cuenta de nuestra equivocación, el diedro se empina tornándose en peligroso desplome donde toda progresión es inútil, a duras penas ganamos algunos metros, pero nos tenemos que rendir ante la evidencia, además ningún indicio (clavijas o tacos) nos atestiguan que estamos en el verdadero camino.

Descendemos de nuevo hasta el colladito del pitón, bajamos por el corredor y casi a su final, una corta pared nos separa de una profunda chimenea que se advierte más arriba. ¿Será éste el verdadero camino? Estoy intranquilo, el tiempo pasa rápidamente, la mañana está muy avanzada y temo no poder realizar esta ascensión, por el poco tiempo disponible.

Empieza Victoria, salva esta pequeña pared y se introduce rápidamente en la chimenea, la cuerda va deslizándose lentamente de mis manos. Un grito de júbilo me sorprende «¡Por aquí es! He encontrado una clavija y más arriba hay otra». Respiro, son las doce del mediodía cuando hacemos la primera reunión ya en la verdadera vía.

Una chimenea en desplome que se estrecha a los pocos metros y un diedro a su izquierda son los caminos a seguir.

Ataco con brío renovado al saber que vamos por buen camino, coloco un pitón y ayudado con un estribo consigo llegar a una clavija colocada en las profundidades de una grieta, que al probarla se sale con la mano, lo vuelvo a colocar un poco más arriba y con su protección, paso a la derecha en un terreno más fácil. Prosigo en libre hasta llegar a una cómoda plataforma donde hacemos otra reunión. Hemos salido de la profunda chimenea y nos hallamos en plena muralla con un asombroso abismo bajo nuestros pies.

La pared se yergue altiva sobre nosotros huyendo vertiginosa hacia el cielo en auténtico desplome, una gotera en la parte superior cae vertical separándose

de la pared, nos avala la verdadera inclinación de la muralla que tenemos que recorrer.

Desafiando todas las leyes de gravedad proseguimos por unas fisuras en desplome donde hay colocadas algunas clavijas... A los quince metros, Vitoria se arma un lío con las cuerdas y no puede continuar, subo recuperando el material y hago una reunión sobre estribos.

¡Pero qué reunión!, la pared me rechaza continuamente, entre mis pies veo un inmenso vacío que cae centenares de metros hasta estrellarse, en los minúsculos neveros de su base empequeñecidos por la distancia.

Una extraña sensación me inunda, esa sensación difícil de explicar que se apodera del escalador, cuando se encuentra en esos momentos que desafiando todas las leyes de la naturaleza, parece convertirse en un ave que vuela por los abismos etéreos de estas montañas, trazando arriesgados itinerarios donde se ríe y se goza a pesar de los incómodos, duros e inhumanos momentos que se atraviesan.

Sigue mi compañero hasta una plataforma cubierta de cascajo donde hacemos una excelente reunión.

Con el ardor de la lucha no nos damos cuenta de los negros nubarrones que se ciernen sobre la montaña, en el macizo de Collavada unos tremendos chasquidos acompañados del ronco sonido del trueno nos atestiguan que allí la tormenta se encuentra en todo su apogeo.

Tememos cambie de dirección y nos obsequie con uno de sus regalitos en este nido de águilas.

Como el tiempo apremia, continúo por un diedro de lisas paredes más bien ancho por el que hay que subir por empotramiento y para colmo de males chorrorea bastante agua haciendo un musquillo donde las botas parecen tener ruedas. Después de pasar dos pitones y un taco medio podrido por la humedad, llego al sitio más delicado de la ascensión, la grieta del diedro se agranda no pudiendo subir ni por oposición ni empotramiento, teniendo en su fondo un enorme taco con alambre, que más que ayudar, entorpece, toda maniobra, más arriba, fuera ya del diedro, a la izquierda, en plena pared un pitón seguido de otros me indican el claro camino a seguir pero ¿cómo llegar hasta ellas? Las paredes del diedro terriblemente lisas no me ofrecen ni un punto, ni grietas para poder continuar y encima esa maldita agua que lo moja todo.

Un intento, dos, tres, todo en vano, la clavija, la juguetona clavija parece reírse de mí y cuando creo alcanzarla escapa traviesa de mis manos, me arrastro unos centímetros pero la mojada placa me devuelve al punto de partida.

¿Será posible que no podamos pasar de aquí? La desesperanza se apodera de mí y un extraño desosiego me invade, una retirada desde esta altura sería peligrosa con el extraplomo de la pared que nos dejaría colgados en el vacío.

Sacamos renovadas fuerzas, fruto de los momentos difíciles que atravesamos. Trepo y consigo sostenerme, no sé cómo, unos pasos más arriba. Buscando frenéticamente consigo colocar un extraplomo en una grieta medio rota, sin pensarlo coloco el estribo y me izo casi un metro, el chasquido del mosquetón sobre la ansiada clavija me devuelve la tranquilidad, coloco un estribo, paso la cuerda y salgo de este inhumano diedro mojado. Una sensación de paz se apodera de mí, experimentando una viva emoción difícil de describir, como si estuviera preso y me hubiera liberado escapando felizmente.

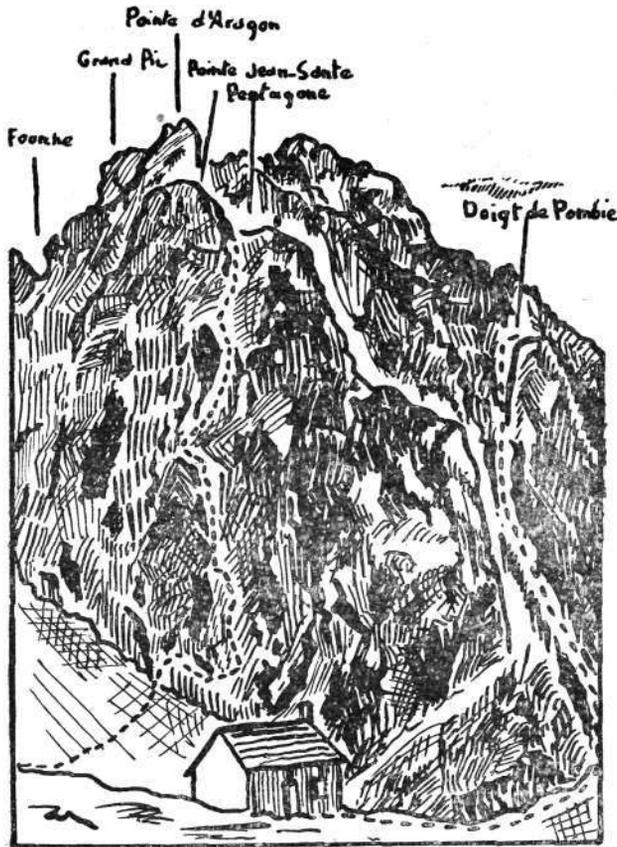
El camino a seguir es más acogedor, paso a una pequeña pero confortable

PYRENAICA

repisa a la izquierda, una clavija de anilla seguida de otras dos me indican la ruta. Estirándome bastante alcanzo la anilla y prosigo, la muralla pierde algo de su agobiante verticalidad. Progreso sin darme cuenta de que me estoy metiendo en un callejón sin salida. Llego al último pitón y me cierra el paso una corta placa lisa sin grietas.

Me rompo la cabeza de pensar cómo habrán podido pasar por aquí las anteriores cordadas, a duras penas consigo ganar algún metro sobre la placa, colocando compremetedoras clavijas en ínfimas fisuras, pero aquello cada vez es más impracticable.

El día avanza inesorable hacia su ocaso, perdiendo un tiempo precioso en este vano intento de atravesar la placa. Convencido de que por aquí no puede ser, retrocedo. Un pequeño espolón a mi derecha me oculta el resto de la muralla, voy a ver qué hay por el otro lado, hago una corta travesía horizontal, protegido por el último pitón colocado, y doy vuelta al espolón, un grito de júbilo involuntario se me escapa, un escondido pitón me abre la ruta hacia la cumbre. Con alegría coloco un estribo, dos metros más arriba una confortable plataforma, me espera acogedora, pero la pared en un último intento de lucha no se deja vencer tan fácilmente, las cuerdas al rozar por el espolón no corren, impidiéndome todo movimiento, con mis gastadas fuerzas tiro desesperadamente, hasta alcanzar la



consuada plataforma. Coloco un buen pitón para asegurarme y por unos momentos me abandono, relajándose todos los músculos cansados y doloridos después del esfuerzo realizado para escapar de esta desplomada pared. Creo sin lugar a dudas que he realizado uno de los largos de cuerda más difíciles de mi vida montañera. Vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que el tiempo ha pasado con alarmante velocidad, la tarde está muy avanzada y solo nos queda hora y media de luz, no pudiendo evitar el vivac.

Comienza, Vitoria, la ascensión por este duro trozo de pared, después de una hora de duro bregar llega a mi lado. Sigue por un terreno más fácil, pronto se pierde de mi vista y con alegría veo correr las cuerdas velozmente de mis manos, empieza a anochecer cuando abandono la repisa, trepo por un trozo fácil, III, atravieso más terrazas cubiertas de cascajo y nos situamos en una repisa colgante bajo un gran bloque. Obtenemos por la izquierda, en cinco metros por oposición desembocamos en un gran corredor muy fácil, que llega hasta la brecha que une el Dedo de Pombie con la montaña.

Con anillos de cuerda en la mano trepamos por este corredor hasta la brecha donde llegamos ya con la noche dueña de la montaña y el espacio.

De aquí a la cumbre quince metros nos separan en escalada fácil y cómoda, como la oscuridad es completa obtenemos por dejarlo para el día siguiente.

Buscamos un emplazamiento para el vivac lo más cómodo posible, en el corredor, limpiando de piedras una terraza, nos acomodamos lo mejor posible, dispuestos a pasar la noche, una noche pirenaica, serena, llena de quietud y silencio, con un firmamento cuajado de brillantes estrellas parpadeantes. Un torrente de emociones se apodera de mí, pensando en la dicha que tengo al poder disfrutar de estos momentos maravillosos que me depara la naturaleza, expuesta en toda grandeza fuera de todo contacto con la civilización humana moderna llena de pasiones y mezquindades.

Una tenue claridad va apoderándose de las piedras que nos rodean. Entre cabezada y cabezada voy pensando que habrá salido la luna y clarea las rocas con su luz plateada, pero no, la claridad es cada vez mayor, está amaneciendo ¡Será posible! ¿Tan rápida ha pasado la noche?

Es cierto, amanece. Subimos a la brecha y cuando la claridad es suficiente para precisar los detalles de las rocas trepamos rápidos hasta la cima para contemplar uno de los espectáculos más grandiosos que ha conocido la humanidad, el nacimiento de un nuevo día, el horizonte por Oriente, va tomando un color rojizo, cada vez más vivo hasta que una bola de fuego emerge de entre un mar de montañas, inundando de luz todos los rincones de la superficie terrestre, digno regalo después de tan maravillosa escalada.

Descendemos de nuevo a la horcada y comenzamos el descenso por la vía original del Gran-Pic en la Cara Este, una serie de destrepadas y cinco rapéles nos depositan de nuevo en el nevero.

Perezosamente retornamos hacia el refugio, cruzamos la tartera bajo la pared que hemos escalado y que ya forma parte de nuestra existencia. Ahora es ya un recuerdo, un agradable recuerdo de las inolvidables horas vividas colgados de sus agrestes paredes.

Todavía nos quedan más días de vacaciones y otras escaladas y ascensiones nos esperan, la Vía Jolley de la muralla de Pombie, la vía Sud-Este del Gran Pic, vienen también a formar parte de nuestros recuerdos.